

EL PATRIOTISMO

Interesante y brillantísima conferencia del Dr. Cañizo

He aquí, íntegramente, la elocuente conferencia pronunciada por el Catedrático de la Facultad de Medicina don Agustín del Cañizo, bella página, dicha con extraordinaria elocuencia, y que fué interrumpida repetidas veces, por los aplausos, del numerosísimo auditorio que escuchaba, entusiasmado la conferencia del distinguido Catedrático.

Comenzó diciendo:

En época reciente y por motivos bien tristes para nuestra España, hemos tenido ocasión de presenciar un verdadero desborde de patriotismo. Esta palabra se ha repetido mil y mil veces, se ha escrito e impreso en grandes rótulos, ha sido la musa inspiradora de canciones y músicas populares, ha encabezado suscripciones públicas y se ha querido hacer de ella como un amuleto, como un talismán, como el remedio único heroico para hacer frente a los angustiosos trances que amenazaban a nuestra patria.

Y yo quiero que esta noche en este recinto de hombres trabajadores y pacíficos, hablemos serenamente, a plena luz de conciencia, de lo que es, de lo que deber ser y de lo que significa el patriotismo; porque tengo para mí que no todos le interpretamos de la misma manera y hasta me atrevería a adelantar que aquellos que pronuncian esta palabra en tonos más altos, aquellos que creen haber hecho el patriotismo una cosa propia, instituyéndole como una religión, no tienen muchas veces la idea justa, la noción precisa y exacta de lo que el patriotismo debe ser, de los dolorosos deberes que el patriotismo impone, para que sea algo más hondo, algo más serio y eficaz que una palabra sonora y altisonante, propia para cantarse en estrofas pomposas a los acordes de una charanga.

Y para podernos orientar en tan importantes materias, vamos a buscar guía en una brújula segura, vamos a acudir a la Historia de España, de la cual hemos de consultar unas cuantas páginas. Pero no es mi idea fatigar vuestra atención con la historia muerta y estancada de los libros; prefiero referiros unas impresiones propiamente mías, vistas y vividas por mí en momentos bien solemnes para nuestra nación, páginas que están bien impresas en mi memoria, como lo estarán seguramente en la vuestra y en la de todos los españoles de aquella época. Vamos a remontarnos sencillamente al año 1898, época desgraciada en que perdimos de un golpe y para siempre lo que hasta entonces había sido nuestro magnífico imperio colonial.

En aquella época memorable, cuando los Estados Unidos nos declararon la guerra, yo era estudiante de clínicas en la Facultad de Medicina de Madrid; fui por lo tanto expectador y participe de aquella explosión de entusiasmo patriótico, que sacudió como una convulsión epiléptica el espíritu de todos los españoles.

Con mis compañeros de aulas peroré en mítines y reuniones y postulé por las calles, acudí a las despedidas de las

tropas y enronquecí gritando ¡Viva España! a los acordes de la marcha de Cádiz, himno nacional, repetido y coreado en todo momento y ocasión con la tenacidad obsesionante de una pesadilla.

Yo sentí entonces vibrar en mi alma joven, los nobles anhelos, los hondos cariños ancestrales del terruño, del hogar, de la bandera, de la amistad, de la familia, toda esa amalgama de cosas un poco vagas o indefinibles pero efusivas y sinceras que todos llevamos en el fondo de nuestra alma.

Y creo que también fué entonces la primera vez que me di cuenta de esa sensación indefinible del patriotismo, que prendía de unos a otros, a la manera de un contagio, pero un contagio de nobles y elevados ideales de entusiasmos y sentimientos generosos, de abnegaciones y de sacrificios.

El patriotismo no podía ser otra cosa, sino un sentimiento exaltado y generoso que nos lleva a sacrificar en aras de la patria, la fortuna, el bienestar, la vida entera; sin regateos ni restricciones, sin miramientos de ninguna clase. Entonces creí estar bien persuadido de lo que es y significa el Patriotismo.

Las clases se cerraron, sin duda porque la exaltación patriótica no podía compaginarse con la calma que el estudio requiere y yo me trasladé a Segovia, punto de residencia de mis padres.

En Segovia, en la evocadora y apacible Segovia, el entusiasmo y sacudimientos patrióticos no eran menores que en la capital de España: las suscripciones, los donativos, los ofrecimientos generosos, la exaltación, el clamoreo... la marcha de Cádiz, el mismo entusiasmo y optimismo que en Madrid se había apoderado de aquellas buenas gentes, casi podemos decir que con una sola y única excepción y esta excepción era mi padre.

¡Cuán hondo surco graba en mi memoria! ¡qué golpe tan rudo para mis juveniles entusiasmos! mi padre no participaba, poco ni mucho de aquel patriotismo mío, o por mejor decir, de aquel patriotismo general confiado y bullanguero; todo lo contrario, triste y meditabundo, con una honda pena, que a veces se hundía en lágrimas, pero al mismo tiempo con aquella sinceridad y valentía de que siempre dió pruebas (Dios bendiga su memoria) no tenía reparo en manifestar públicamente su opinión: aquella guerra era una insensatez; de tan descabellada aventura sólo podía resultar la ruina de España, sólo un desconocimiento tan absoluto de la magnitud de fuerzas y poderío de nuestros adversarios, como de la escasez de recursos propios, podía autorizar una lucha a todas luces desproporcionada y desastrosa: lo único lógico y razonable y lo verdaderamente patriótico, era evitar aquella guerra y resignarse a la pérdida de Cuba, ya que por culpa de nuestros pecados, la teníamos moralmente perdida de mucho tiempo antes.

Y no queráis saber, con este motivo, las desagradables escenas, las agrias discusiones, los amargos reproches, las

reticencias y palabras duras que uno y otro día hubo de sufrir el venerable anciano.

Gracias al respetuoso cariño que desde largos años gozaba en aquella noble Ciudad, donde su honradez y austeridad eran de todos conocidas y veneradas, no tuvimos que sentir consecuencias más lamentables. En otro lugar donde no hubiese sido tan conocido y estimado, no sabemos a donde hubiesen podido llegar las cosas.

Y pasó algún tiempo, no mucho, y el curso de aquellos tristes días fué trayendo en sus negras alas la dolorosa realidad: Cavite, Santiago de Cuba, la escuadra de Cervera... el desastre en toda su terrible magnitud; y por la médula de España trepidó el escalofrío del desengaño. Creo no equivocarme al afirmar que más que la amargura de la derrota estremeció todas las almas españolas una terrible sensación de responsabilidad y arrepentimiento.

Demasiado tarde por desgracia nos fuimos dando cuenta de nuestra ceguera, de nuestra inconsciencia, de lo impremeditado de nuestros entusiasmos, de lo funesto de nuestros optimismos.

Y por cima de todo esto, un sentimiento de piedad, de profunda conmiseración hacia aquellos pobres soldados que con todas las desventajas, con todas las adversidades de frente, extenuados por el clima y las enfermedades, sin una lógica posibilidad de triunfo, hicieron sacrificio estéril de sus vidas en holocausto de la Patria.

Y estos sentimientos llegaron a su punto máximo cuando vimos llegar a los repatriados.

Todas las tardes bajaba yo, acompañado de mi padre, a la Estación de Segovia a ver pasar trenes que conducían los sanarientos despojos de nuestro ejército. Bien puedo aseguraros que el espectáculo era siempre desconsolador y emocionante, pero ninguno tanto como el que produjo un convoy que conducía marinos de la destruida escuadra de Cervera; el aspecto de aquellos hombres antes sanos y vigorosos ahora envejecidos y decrepitos, con más aspecto de espectros que de seres vivos; aquellos rostros que aún conservaban estampados en sus rasgos el honor de la tragedia vista, aquellas narraciones incoherentes como de girones de recuerdos, pero en los que aún se sentía palpitar el estremecimiento de la hecatombe, puedo aseguraros que atenazaron mi corazón, inundaron mi alma de amargura e hicieron más de una noche huir el sueño de mis ojos.

Y por boca de aquellos hombres, o mejor de aquellas sombras de hombres, fuimos sabiendo todos, poco a poco, la triste verdad, y cuanto más a fondo la conocíamos, más intensas eran en nosotros, como antes es decía, el arrepentimiento de nuestros errores y el sentimiento de nuestra responsabilidad. Y hubo un momento en que estas sensaciones de responsabilidad y arrepentimiento dominaron a todos los corazones y por una época desgraciadamente corta, respiró España un ambiente de

cordura en que se supo ver frente a frente clara y desnuda la realidad.

El desastre nos despertó de un letargo en que veníamos sumidos desde nuestra infancia. A nosotros los jóvenes de entonces (como a los hombres de aquella misma época, se nos venía inoculando desde la escuela un virus pernicioso que a la larga habría de traer consecuencias funestas; se nos venía educando en un ambiente tal de epopeya histórica, de heroica leyenda y gloriosa fantasía, en una palabra de tal *megalomanía patriótica* que por fuerza había de obnubilar nuestro sano juicio; sorber nuestro seso, como a don Quijote los libros de caballerías, impidiéndonos ver claramente la realidad tangible.

En las escuelas de instrucción primaria se nos hablaba siempre de nuestra patria en un tono de grandeza altisonante; las expresiones, la gloriosa, la heroica, la invicta, la sin par, la que en sus dominios no se puso el sol; un simbolismo, el león rugiente, sediento de sangre: sus hijos los más esforzados, los más valerosos, los más bravos y audaces.

La historia de España una epopeya de batallas, de invasiones y conquistas, de acciones heroicas, de sacrificios de vida y de sangre (Sagunto, Numancia, Covadonga, y los nombres de Viriato, Aníbal, el Gran Capitán, Agustina de Aragón, el Empecinado eran perfectamente conocidos de todos, en cambio apenas si por casualidad sabíamos que en nuestra patria habían nacido un Séneca, un Velázquez o un Miguel Servet.

Para nuestras almas infantiles más que como una madre cariñosa a la que hay que amar, la patria se nos representaba como una matrona excelsa y terrible, fiera en su poderío, a la que hay que admirar y temer.

Alimentados desde nuestros más tiernos años por tan bélicas ambiciones, completadas después con las leyendas y romances del bandolerismo, con el espectáculo de las corridas de toros y otros semejantes de sangre y guapeza, el valor personal, la bravuconería y el matonismo eran dotes envidiables y envidiadas que creíamos poseer por el mero hecho de haber nacido en España y que nos colocaban muy por encima de los hombres de los demás países.

Por eso cuando los Estados Unidos nos declararon la guerra, no se paraban mientes ni en la diferencia numérica, ni en su incomparable superioridad de medios; nuestro valor personal supliría todas las desventajas y allanaría todas las dificultades y se oían decir tales cosas, no solo a las gentes ignorantes, sino aún a aquella que pasaban por cultas y sensatas que hoy al recordarlo nos parece difícil que pudieran ser dichas en serio. Y aquel que dude de esto o lo estime exagerado, no tiene sino tomarse la molestia de buscar y leer cualquiera de los periódicos de mayor circulación de aquella época que eran reflejo de la opinión española salvo contadísimas excepciones.

Y así fuimos todos animosos y confiados en busca del desastre. Y cuando

este sobrevino como no podía menos de ser terrible, implacable nosotros volvimos a la realidad y nos dimos cuenta de nuestra ceguera.

La opinión pública se dió cuenta entonces, de que por arrebatos inmoderados de unas gentes irresponsables, por pasividad o cobardía de otras, que debieron evitarlo habíamos corrido una aventura descabellada y absurda, por la que nuestra España manaba sangre y había estado a punto de sucumbir.

Y entonces nos dimos también cuenta, yo por lo menos me di cuenta bien clara de cuán vacío y al par cuan peligroso es ese patriotismo callejero, ese patriotismo de mitin y charanga, de música y bambalinas que convierte el sentimiento más puro de la patria en una farsa tan pomposa y ridícula como la apoteosis final de una zarzuela.

Pero aún pudimos ver más, pudimos darnos cuenta de más, porque aquel desastre fué un fecundísimo manantial de enseñanzas. Comprendimos también que las Colonias no se perdieron entonces por el desastre de nuestras armas: Cuba, Filipinas y todo nuestro imperio Colonial estaban perdidos, irremisiblemente perdidos desde mucho tiempo antes: lo tenían carcomido y deshecho el desbarajuste administrativo, la inmoralidad y la rapiña de los colonizadores.

Todos los que sois de aquel tiempo recordais seguramente que Cuba y Filipinas era el Sanatorio donde reponían sus pérdidas fuerzas todos los negociantes y agiotistas que en la península estaban en plan de bancarrota; el arsenal adonde se enviaba todo lo político o personaje cuyo bolsillo necesitaba una buena carena; la piscina donde iban a lavar sus lacras los empleados de empañada reputación y dudosa moralidad; el campo de experimentación de los industriales más desaprensivos; en una palabra, la espuerta de la basura adonde arrojábamos todas nuestras inmundicias políticas, administrativas y burocráticas que no eran pocas desgraciadamente.

Y la consecuencia natural de todo esto era la que no podía menos de ser: carcomida por estos parásitos, infiltrada por tal avalancha de microbios nuestra administración y señorío en aquellas islas era una cosa podrida, gangrenosa, muerta; era algo que no podía sostenerse que tenía irremisiblemente que sucumbir y llegó lo inevitable, lo que parecía, que no había de llegar nunca y cuando nos vimos delante del pavoroso conflicto se apeló a lo de siempre, a la exaltación de los sentimientos patrióticos y se nos dijo que era necesario sacrificarnos todos sin regateos ni restricciones porque a toda costa había que salvar a Cuba en la que estaba vinculado el honor de la patria y sabéis quienes eran los más exaltados, los que tenían más empeño en salvar a Cuba a toda costa? pues precisamente aquellos mismos parásitos que año tras año venían devorando a Cuba y que ahora veían escapar su presa.

Estos los que más fuertemente clamaban exigiendo el patriotismo de todos como el único recurso salvador; era y permitirme la paradoja como si los microbios llamaran al médico no porque les interesase la salud y la vida del paciente sino porque se les acababa el festín de que impunemente venían disfrutando.

Peró de todo esto solo nos dimos cuenta demasiado tarde; cuando la sangre de nuestros hermanos había corrido a raudales en los campos de Cuba; cuando aquel pobre ejército extenuado por toda clase de privaciones, enfermedades y miserias tuvo que sufrir además la afrenta de una derrota, forzosa, segura, inevitable casi podíamos decir que prevista.

Y entonces nos dimos cuenta de que no es legítimo, ni patriótico, ni siquiera humano exigir de un ejército que se sacrifique estérilmente, inútilmente en nombre de la patria y sobre todo que

no hay derecho a pagar con carne de soldado los desaciertos, las prevaricaciones, las inmoralidades y concupiscencias de los demás.

Y esto fué lo ocurrido en nuestro desastre colonial del año de 1898.

Perdidas las colonias, perdido aquel emporio, que debía haber sido (no lo fué menos), fuente de riqueza y manantial de bienestar para nuestra patria, quedaba claramente trazado a esta, el camino que debía seguir.

Era evidente que debíamos rectificar nuestra conducta, olvidar nuestros sueños de grandezas, cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid y comprender que había pasado el periodo de nuestras glorias militares y buscar por otros derroteros de trabajo, de estudio, economía, y sobre todo de moralidad, la salvación y el engrandecimiento de nuestra patria.

El terreno estaba bien preparado, y si nuestras clases directoras hubieran comprendido su misión y sabido cumplir con sus deberes, es más que probable que la vida de nuestra patria hubiera derivado por más sanos y fecundos derroteros.

Peró desgraciadamente no sucedió así; bien pronto empezamos a ver que aquellos mismos personajes que en la administración de las colonias o durante la guerra habían perdido casi por completo su prestigio y a veces hasta su dignidad personal, venían a ocupar los puestos más preeminentes de la política y de la administración española.

Nadie pensó en depurar responsabilidades de lo ocurrido, aunque en el ánimo de todos está el convencimiento de que existían, de que eran muy grandes y además muy difíciles de demostrar.

Alguien dijo, creo que en pleno Congreso, que había fagines que debieran subirse desde la cintura a la garganta; fué una frase que se celebró mucho.

Peró la política española continuó su vida insensata de siempre; lo mismo que antes del desastre, el favoritismo siguió empujando al necio y al inepto a los puestos más importantes y de responsabilidad, y la inmoralidad y la rapacidad siguieron encontrando fácil cobijo en las altas esferas oficiales.

Y seguimos viviendo alegres y confiados, sin percatarnos, sin darnos cuenta de que por tales caminos solo se va a la perdición. Y volvimos a caer en la misma modorra de antes, hasta que en el mes de Julio del presente año otra vez nos despierta el estruendo de otra nueva hecatombe.

Esta vez las noticias fatídicas nos vienen de Marruecos.

Setenta posiciones abandonadas, ochomil soldados muertos, enorme cantidad de prisioneros y material de guerra en poder del enemigo, el derrumbamiento de la comandancia general de Melilla; toda la labor de doce años perdida. ¡Todos cuantos sacrificios de dinero y sangre han sido hechos en campañas interminables y sangrientas, estéril; todo se ha perdido, es necesario comenzar de nuevo!

Y otra vez, como en los luctuosos días del año 98, soplan para España vientos de tragedia, y otra vez como entonces, se invoca el patriotismo, como el único recurso salvador.

Como entonces, vuelven a entonarse cantos patrióticos, vuelven a sonar himnos, a iniciarse suscripciones públicas, y lo mismo que entonces, la nación, el pueblo, responden noblemente, sin restricciones ni regateos: a las exigencias que en nombre de la patria se le hacen.

Y lo mismo que entonces, el rumor público, las referencias de los testigos presenciales y de los soldados repatriados, trae a nuestro oído cosas que nos hielan la sangre de espanto y hacen crisar nuestros puños de indignación.

Almacenes sin vestuario, hospitales infectos e insuficientes, desprovistos hasta de lo más indispensable y elemental; material de guerra inservible;

soldados mal alimentados, corroidos por las enfermedades, las privaciones y la escasez; millones malgastados inútilmente... todo lo mismo, exactamente lo mismo que lo acontecido en el triste año de 1898.

Y lo mismo que entonces se habla también de desaciertos, de abandonos, de inmoralidades cometidas, de filtraciones, de responsabilidades...

No podemos preveer cual será el final de todo esto, ni nos creemos capacitados para juzgar hechos tan recientes y de tan enorme importancia; el juicio sereno de la historia, no puede seguir inmediatamente a los hechos; hay que esperar a que se redimenten las pasiones. Esto, además, nos llevaría fuera del camino que de antemano nos hemos trazado.

Peró volviendo a nuestro tema, creemos honradamente, y por lo tanto así lo manifestamos, que no toda la culpa hay que buscarla en Marruecos, en los que están allí, al otro lado del estrecho sino que una buena parte, acaso la principal, nos corresponde a los de aquí, si a los de aquí, porque de aquí ha salido la mala semilla que ha dado a Marruecos los mismos funestos resultados que dieron hace años en nuestras posesiones de ultramar.

Demos un vistazo a nuestra propia casa, consideremos de cerca nuestra vida y nuestros prohombres, aquellos que dirigen la opinión pública, y llevan por decirlo así, la voz cantante del patriotismo; los que constituyen o pretenden constituir la parte más relevante de la nación española.

Y nos encontraremos: de una parte, los políticos audaces y desaprensivos, de ambiciones desbocadas, atropelladoras de toda justicia, de todo derecho y de toda dignidad; los que solo piensan en subir y en encumbrarse, sea como sea, sin fijarse nunca donde apoyan los pies, que lo mismo puede ser en un estercolero que en un cadáver.

De otra parte, los farsantes y farolones, esos personajes de mojiganga, huecos por dentro, como gigantilla de feria; espíritus mezquinos y pueriles que cifran todas sus ambiciones en que sus nombres figuren en los periódicos en una lista de adjetivos pomposos y enlucir en el ojal de sus levitas los cintajos y emblemas de sus ridículas condecoraciones. Estos son siempre de los que acuden siempre al llamamiento patriótico con sus discursos huecos, llenos de hojarasca y hacen muy armónico *pendant* con las juntas de damas encopetadas y de señoritas elegantes que juegan muy bien a las enfermeras y se divierten luciendo sus trajecitos vistosos.

Otra clase es la de los verdaderos caciques, los hombres hábiles, prácticos; al revés que los anteriores, estos no suelen dar la cara, ni gustan de bullir ni figurar, pero son los que mueven los muñecos del tablado, los que desde dentro dirigen la farsa y se aprovechan de ella para la realización de empresas ilegales y negocios vergonzosos.

Otro grupo es el de los hombres graves y sesudos, los señores del orden, los amigos de la tranquilidad, porque les va muy bien en su vida haragana y regalona, acumulando réditos y empleando rentas en negocios fáciles y saneaditos. Estos son también de los que gritan con todo su corazón ¡viva España!, que significa tanto como ¡vamos viviendo! Ellos son también los que acuden siempre que llegan estos casos a inscribir su nombre en las suscripciones patrióticas con unos puñados de pesetas, que en ningún caso suelen exceder de sus rentas de un par de días o de una semana para comprar su tranquilidad y sosiego materiales, del mismo modo que con algunas limosnas y unas cuantas misas pretenden asegurar la tranquilidad de su espíritu y la salvación de su alma. ¡No cabe duda que para mucha gente, la vida es un negocio fácil y económico!

Y detrás de todos estos personajes y como comparsa general la turbanilla de empleados venales, acaparadores y agiotistas, comerciantes sin conciencia, industriales explotadores y tahures de toda clase y condición.

Toda esta farfalleja, todo este tinglado absurdo y grotesco, es el que se conmueve y agita en cuanto surge algún grave conflicto que pone en peligro su *modus vivendi*; los que claman gritan y exigen el patriotismo de todos e invocan el honor de la patria. ¡El honor de la patria! ¡Como sino fueran ellos los que la escarnecen! ¡Como sino fueran sus culpas la causa más directa de las desgracias que le afligen! (Muchos aplausos).

A este patriotismo de superchería y de bambolla, nosotros tenemos que oponer el de nuestra protesta, el de nuestra justa indignación.

No, señores de la farsa pública; el patriotismo no es una alaraca, el patriotismo es un deber.

Es, ante todo, el deber de ser trabajador y honrado, de inspirar nuestros actos de sentimientos puros de equidad y justicia, no en ambiciones desmedidas y torpes; en compadecer al desgraciado y ayudar al desvalido, no con raquíticas limosnas que es gota de agua a boca de un sediento, sino disponiendo y aceptando y favoreciendo leyes sociales que nivelen en un poco siquiera los abismos que hoy separan a unas clases de otras.

¿Queréis un bello ejemplo de patriotismo hondo, de patriotismo verdad? Voy a presentarosle bien palpable. La casualidad lo ha traído a mis manos precisamente hace unos días. Voy a leeros unos párrafos de la brillantísima conferencia que un portorriqueño, Cayetano Coll, pronunció en el Ateneo de Madrid la tarde del 20 de Diciembre. (A continuación lee algunos párrafos de mencionada conferencia).

Esto y no otra cosa es lo que yo entiendo por patriotismo; y este y no otro es el patriotismo auténtico, de buena ley. Los que así dirigen un país tienen derecho a hablar de patriotismo y a exigir en todo momento el sacrificio de sus compatriotas.

Por las palabras de este hombre vemos que para ser buen patriota, lo primero es ser buen ciudadano. Y así como no es buen padre el que da malos ejemplos a sus hijos, aun que diga quererlos, aun que realmente los quiera mucho; no es buen patriota, aun que diga querer mucho a su patria, el que con su conducta y modo de vivir contribuye a la degradación y a la corrupción del ambiente en que vive.

Por eso a todos aquellos que nos digan que son patriotas o que alardean de patriotas, nosotros debemos preguntarle: ¿Que es usted? ¿De que vive usted? Y si no pueden contestar a estas preguntas con la cabeza muy alta, nosotros les diremos que no son patriotas, aunque lo digan, aunque lo pregonen aunque lo juren.

Bien está que cuando llegue el caso nos sacrifiquemos en nombre de la patria y lleguemos, si es necesario, a morir por ella; pero antes hay que *vivir para ella*, y solo se vive para ella cuando se vive bien. (Aplausos)

Y he aquí, cómo al cabo de los años, la vida, esa maestra implacable que siempre nos enseña la verdad, me ha dado una definición del patriotismo bien distinta de aquella que yo creí poseer en mis años mozos. No es el sentimiento exaltado y generoso que nos hace en un momento dado sacrificar la hacienda y la vida por la patria; es algo más sencillo, pero más hondo que eso.

El patriotismo, en los de abajo como en los de arriba, es el trabajo y es la honradez. Y estoy bien seguro de que muchos señores, al leer estas conclusiones mías, exclamarán desdeñosos y persuadidos: ¡Honradez y trabajo! ¡Qué cosas tan vulgares y cursis dice este hombre!

Una ruidosa, una prolongada salva

de aplausos, coronó la brillante oración del doctor Cañizo, a quien enviamos nuestra sincera felicitación

La velada teatral del domingo

Para entretenimiento de las familias de los federados, el Cuadro Artístico del Grupo Cultural, ha organizado una magnífica velada teatral, para el domingo, 8, a las ocho de la noche.

Se representará la preciosísima comedia en tres actos, *La sobrina del cura*, verdadero éxito del Cuadro Artístico.

Durante dicho día, pueden recogerse las invitaciones en la conserjería de la federación.

La rebelde inspiración

Vierte la musa en mí número la rebelde inspiración que arranca el plectro a la lira en vibrante y dulce son. Y salen las notas tristes y pausadas, torrente de iras dolores del alma; miserias vividas, anhelos sentidos, desprecios, insultos, trabajos sufridos. Todo lo que siente el que nada goza, y que vive amarga su existencia moza. El que encuentra todas las sendas cerradas de placer y lauro a otros reservadas.

Miguel Martínez Mora.

Nuestra disciplina

Para que una acción de buenos frutos, para conquistar mejoras de orden económico y moral, para que la Sociedad sea una institución fuerte y respetada, debemos ser disciplinados.

Es indispensable la disciplina; sin ella no se puede triunfar. No quiero decir con esto, que debemos observar una disciplina automática como en los cuarteles, sino simplemente que debemos observar una disciplina consciente, una disciplina que emane de la comprensión de los hechos y de los actos a realizarse.

Quiere decir esto que debemos cumplir todas las resoluciones que se tomen en las asambleas. Debemos ser consecuentes; si no estamos conformes con tal o cual proposición, debemos combatirla allí en la asamblea y no callarnos la boca y luego no cumplir lo acordado.

Esto es pernicioso para la Sociedad en general y aquel que hace esa mala obra, debe considerarse como a un enemigo de la clase trabajadora.

El poder nuestro está basado en la conducta orgánica que observen sus asociados; debemos poner el mayor empeño para que nuestras Sociedades sean un baluarte poderoso, contra el cual se estrelle, impotente, la explotación capitalista.

Cuando conscientemente seamos disciplinados, cuando llevemos a la práctica todos los acuerdos tomados, seremos fuertes, triunfaremos y el triunfo nos dará nuevos entusiasmos y nos alentará para emprender nuevas conquistas.

El Duende Rojo.

¡Cuánta repugnancia!

El hecho, es digno de que se conozca. Al hacer entrega de EL PUEBLO a nuestros repartidores para la venta, alguno de ellos nos ha manifestado que unas señoras, muy *bondadosas* y muy

cristianas, que reparten limosnas precedentes, no sabemos, ni queremos saber de qué cofradía o institución, entre esos seres víctimas de la desgracia, que tanto llenan sus bocas llamándoles pobres, les prohíben vender EL PUEBLO, bajo la pena de retirarles esa miserable limosna, que ni aún siquiera es de ellas, porque su fachañería no les permite repartir más que lo ajeno, lo que es suyo, para darse el gustazo no de socorrer a quienes odian, si no fisgar en todas partes y humillar a los desgraciados.

Y no es que nos importe el perjuicio material, que en ningún momento nos causan, porque EL PUEBLO tiene asegurada su vida sin necesidad de la venta pública, que solo se utiliza como medio de propaganda. Y las primeras en comprar nuestro periódico son esas señoras que nos odian y no pocos enemigos que nos hemos creado por decir las cosas claras y desenmascarar a la gente, sin rendirnos nunca a la forma de nuestros irreconciliables enemigos.

Lo que nos importa, es que gente humilde, desvalida, que se ganan la vida vendiendo periódicos, quieran unas señoras, que tienen muy poco de cristianas, coartarles de que ganen honradamente con su trabajo el pan de sus hijos.

Por lo demás diremos que es una campaña muy baja y que envilece y aminora a quien la ejecuta.

Y ¿para qué hablar más de esto? Basta con decir que no nos causa indignación tal hazaña, si no asco y repugnancia.

Nosotros.

La huelga del ramo de construcción

Con verdadero entusiasmo se mantuvo en huelga el ramo de la construcción, a consecuencia del mal uso que la clase patronal hace del certificado que expide a los obreros.

Para resolver esta cuestión se nombró un tribunal, el cual, compuesto por representantes de ambas partes dictaminará sobre el particular.

Por los que sufren

Gobernantes, hombres como los demás, si tenéis conciencia, si es verdad que sentís amor por los que sufren, si es que deseáis la paz, debéis cuanto antes abrir las puertas de las cárceles, a esa infinidad de obreros, víctimas de vuestras iras, que ningún delito cometieron, para que se reintegren al hogar y a la familia.

No olvidéis, que la calma y la prudencia, tiene un límite, y que el día que la paciencia, se agote, la fuerza de la razón se impondrá para restablecer el imperio de la justicia atropellada y escarnecida.

Y entonces, ¡oh, los corazones de roca!

LOS QUE SE ALEJAN

Mientras el barco marcha...

Frente al generoso esfuerzo de una Rusia que se debate en el amplio crisol de las revoluciones, para pedir una perfección social que a todos sirva y a todos beneficie, sin distinción de patrias ni de razas, España sostiene las murallas y vive alimentando añejos vicios y costumbres.

Ni siquiera la sacudida del arte puede ofrecerse como compensación a esta ráfaga de cobardía espiritual.

El arte hoy no cumple su finalidad. No presente hoy las ideas de mañana; no es el precursor de las nuevas creencias. El cetro de Víctor Hugo sigue sepultado. La espada de Garibaldi, en la planoplia del Museo.

Y más allá de Europa, dejamos a nuestra España gimiendo bajo la man-

sa tiranía de un capitalismo fernandino y reaccionario. Sobre ella, la nación tendió su manto protector, y acabó con todo y pobló las cárceles de infelices soñadores, en un estado social de igualdad en el esfuerzo y en el goce. Y redujo al liberalismo, y enervó, a los luchadores, y disolvió las energías, y selló los labios, y aprisionó el pensamiento.

Maura, el hombre de otras épocas, el familiar de todas las regresiones, gobernándola, presidiendo el entierro de las libertades, cargando de cadenas el espíritu para atajar sus vuelos. No quea los relapsos, pero el sol no sale para ellos.

Marcelino Domingo.

Huelga ferroviaria

Los compañeros ferroviarios, pertenecientes a los sindicatos de S. F. P. y M. S., se encuentran en huelga, cuando estas líneas escribimos, por defender sus legítimas reivindicaciones, que las compañías les niegan.

No hay porqué advertir el entusiasmo que reina entre el elemento ferroviario.

Solo así, puede lograrse el triunfo. Con fé y con razón, y en esta ocasión les asiste a nuestros compañeros, a quienes seguimos con interés sus pasos.

De desear es, que cuando estas líneas aparezcan, el pleito haya tenido feliz término, con el justo triunfo.

PICOTAZOS

¿Que me voy cortando la coleta?

¿Que ya no aprieto? ¡Cualquiera aprieta!... ¿Explicaciones? Estorban.

Ahora, sí, mucho cuidado con pensar que a nuestras manos lleguen sobrecitos con billetes del Banco.

Todo lo contrario. Nosotros los sobrecitos que recibimos no contienen papeles amenazadores.

Porque no olviden, que hay mucho majadero, que no teniendo en qué pasar el rato, lo pasan enviándonos cartitas de tal linaje.

O lo que es igual. Nos recomiendan la estaca.

Y está bien el palo de ciego, que es del que gustamos, pero desechamos el de los majaderos.

Y gracias, señores perdonavidas, a sus pies.

Se pasó el día de Inocentes.

¿Leyeron ustedes *La Gaceta*?

Pues los cándidos de sus *escribidores*, festejaron su santo, con unas cuantas tonterías, que amigo mío, para el año que viene, surten efecto.

¡Qué gracia tienen! ¡Pero qué originalidad!

No la baba, el moco, se le cae a cualquiera de regocijo.

¡Quien me compra un lío!

Primo de Rivera, destituido; Burguete que ocupa el puesto del anterior; Veloz, que renuncia el acta de diputado; Rivera que visita la casa del diputado; Burguete propuesto para candidato por Salamanca.

¿Pero qué es esto?

No lo entendemos. ¿Nos pueden explicar el lío?

Los amigos de Pepe Sánchez-Gómez le obsequiaron con un banquete por el éxito de su conferencia, dicha en la Casa del Pueblo.

Al banquete asistió por *La Gaceta* un redactor, quien comió y bebió opíparamente.

Pero ni la comida ni la bebida influyó para reseñar el acto en el *papelucho* clerical.

¿Y qué falta hace?

Lo importante es comer, lo demás es cosa secundaria.

¿No es verdad?

¿Que el general Burguete iba a ser candidato de Salamanca?

Así lo ha dicho el *amo*. Pero parece que no hay tal, porque hay otro *amo* más alto, que mueve mejor los muñecos, y parece que no *estaba* muy de acuerdo con la idea.

Y aquí cabe aquello de «para un *amo* hay otro con más *reaños*».

Y aquí solo vence, el que más *colgantes* tenga o demuestre.

Ya dimos a conocer el programa de festejos de la Helmántica, para el día de «Noche vieja».

El festejo consistía en comer y bailar.

¡Caso insólito! El festejo se suspendió.

Por lo visto la gente no quiso comer ni bailar.

Y está bien que no tuvieran ganas de bailar, pero lo de comer... no se explica.

Los helmánticos no se han dado cuenta, pudieron invitar a *La Gaceta* y se hubieran evitado el disgusto de suspender el festejo.

Porque son de los que no perdonan.

Acabamos de ver a dios con nuestros propios ojos.

Pero no asombrarse, que no ha sido el Dios del cielo.

Ai que hemos visto, ha sido al dios de la tierra, al insigne Cardenal que en todas partes se encuentra, y por encontrarse, hasta en los fotograbados de *El Adelanto*.

¡Pero qué hombre más prodigioso! ¡Envidiable!

Nos hemos enterado por la prensa, que el Grupo Cultural, piensa traer hombres eminentes para dar conferencias.

Y apenas si se ha anunciado y ya la *Cotorra* levanta los patos por alto.

No hay derecho a eso, porque es necesario *desasnar* a la gente, sobre todo a los *cuervos*.

Porque, cuidado que hay cuervos por desasnar!

Los hay, hasta con *lunares* y con *zapatonas*.

¡Y que son unos pajarracos de cuenta!

¿Y de las clínicas, qué?

Pues de las clínicas, ná.

Haber si ha pasado a mejor vida, o gustan del sueño de los justos.

Porque estamos dispuestos a tocar la trompeta, hasta lograr que se nos oiga.

Se nos puede decir si los casinos continúan pagando pesetas porque se les consienta tirar de la oreja de Jorge, descaradamente y con amplia libertad?

Si así fuera, se nos podía decir dónde van las pesetas?

Es una preguntita, por satisfacer una curiosidad, nada más que una curiosidad.

¿Hasta qué punto les parece que llega la ira de ciertas gentes?

Pues nada menos que a declarar la guerra al puesto de periódicos del *Parasage*, por vender la prensa protestante.

¡Tiene gracia!

¡Cuanto más ganaría esa gente, si se ocupara de corregir sus faltas y de hacer bien al prójimo!

Porque tal proceder es muy poco aceptable.

¡En algo se ha de entretener quien no suda para ganar el pan que indebidamente come.

Trabajadores:

Propagad EL PUEBLO.

Est. tip. de Hernández, Béjar.

¡Viva la unión de los explotados!

EL PUEBLO

¡Abajo la esclavitud y la tiranía!

ORGANO DE LOS TRABAJADORES

Año III.

Salamanca, 7 Enero 1922.

Núm. 31.

La conferencia del señor Unamuno

El sabio catedrático de esta Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, dijo el día 3 del corriente su anunciada conferencia, última del curso organizado por el Grupo Cultural Obrero de la Federación.

El amplio salón de la Casa del Pueblo presentaba un aspecto excelente, viéndose en él a muchas señoras y señoritas, catedráticos y gentes de todas clases sociales, abundando también la clase trabajadora.

Nuestra mayor satisfacción sería ofrecer a nuestros lectores íntegramente el discurso del ilustre señor Unamuno; pero en la imposibilidad de hacerlo así, publicamos a continuación lo más sustancial que, a nuestro juicio, constituyó la conferencia.

Dijo así el señor Unamuno:

Coincide este fin de curso de conferencias con el principio de año. La entrada de un año nuevo, nos mueve siempre a examen de conciencia, y nos conviene hacerlo colectivo, partiendo de nuestra historia.

Hubo tres fundamentales momentos, los tres más grandes de la Historia, que resbalaron por la de España, sin dejar huella ni producir emoción: el Renacimiento clásico, la Reforma religiosa y la Revolución francesa, que en Francia, su patria, venía preparada por aquellas, y por la obra misma de la Monarquía, que fué una obra centralizadora y concentradora, pero no simplificadora. La unidad se hizo en Francia por integración de diferencias, por enriquecimiento. Aquí, por eliminación. Fué allí la unidad de un edificio de piedra. Aquí, la de un desierto de arena, o la de una duna.

Echamos a moriscos y judíos, y, ahogamos, con la Inquisición, a los herejes. Y donde no hay herejes no hay fe. No hay vida donde no hay lucha, ni tampoco puede haber una unión fecunda. Y si pudo haber algo de democracia, la que Menéndez y Pelayo llamó fríaluna, no hubo liberalismo, ni casi libertad. Fué un país preparado para una dictadura mansa.

Hoy vemos que resurge la Inquisición a favor de lo que podríamos llamar religión de Estado o patriotismo oficial, de Real orden, volviéndose a lo de los partidos legales e ilegales.

Se prepara el desastre por no abrir cauce a la inevitable y fecunda lucha civil, y dentro de ella a la lucha de clases, por no admitirla. ¡Lucha de clases! ¿Qué quiere decir esto? ¿Que requiere la aceptación de su concepto el reconocimiento? No. Admitir la lucha de clases no es profesar una solución para ello, sino admitir su licitud y querer que se le deje libre la palestra.

Es torpeza insigne en nuestra sociedad capitalista-burguesa, impedir la lucha por establecer un régimen comunista, que no se puede ni se debe impedir. Y el día en que este sea si llega a ser normal, no se podrá, ni debiera tampoco impedir, el que haya quienes luchan por establecer la propiedad privada hasta de los medios de producción.

Y en Rusia misma no pueden impedirlo y persisten y vuelven formas de capitalismo individual.

Lo que hacen es que se defienden de lo que se les quieren imponer por la fuerza, y de aquí su heroica lucha contra los ejércitos antibolchevistas de

Denikin, Wrangel, etc. Ha de ser por el propio proceso económico, como esas formas persistan y dentro de un régimen de comunidad.

Hay, en cambio, muchas otras cosas a las que hay que mirar despacio. Tienen que cobrarse de una vieja deuda de justicia.

No podemos condenar la enorme satisfacción que debe producir—espectáculo digno—de ver ganándose su negro pan, empleadas sus fuerzas en bajos menesteres, a los que, criados en una opulencia agresiva y gratuita, no supieron aprender un oficio digno.

Hay que pedir que la tortilla se vuelva; que los pobres coman pan y los ricos... (El ser Unamuno pronuncia una frase que él la conceptúa de grosera, pero que en el fondo, dice, no encierra la más mínima grosería).

Hay, indudablemente, reparaciones de justicia. Aquí mismo se ha repetido y se viene repitiendo lo de «lo pasado pasado», y «borrón y cuenta nueva». Son tantos los borrónes, que hacen una montaña de ellos, que nos impide avanzar.

Hay que revisar procesos ya fallados, aunque los condenados hayan muerto, como—no me meto en el fondo—el de Ferrer; o aunque hayan sido amnistiados, como el de los que fueron injusta e ilegítimamente llevados a Cartagena; hay que poner en claro la prevaricación por razones de Estado o de policía, de nuestros Tribunales del Reino.

Se quiere, para todo esto, el perdón del olvido, la tregua patriótica.

Hay cosas que no se pueden perdonar. Podrá uno, individualmente, perdonar, pero no la Patria. Hay deudas de justicia, que tienen que ser irremisiblemente saldadas.

El nobilísimo manifiesto del Ateneo de Madrid, sereno y valiente, sin estridencias, publicado hace poco, habló del «criterio sistemático de arbitrariedad». Y también de torpeza y estulticia.

Hay bárbara categoría policíaca de la «peligrosidad», a criterio de cualquier badulaque o de cualquier Secarpia. Hay, también, otra cosa más grave, qué paso desapercibida, no para mí, que supe protestar de ella, sino para el Parlamento español donde no, se levantó una voz contra semejante barbaridad.

Y es lo de la circular de la Fiscalía del supremo, definiendo delito de estafa el recaudar cuotas de sindicatos, a sabiendas—como se le dijo a Largo Caballero en visita de protesta que hizo—de que los así procesados no podrán ser condenados por falta de prueba.

Y esto es lo enorme. De este modo se les tendrá como presos judiciales, no gubernativos.

Y hay también, por último, las absurdas denuncias a periódicos, a las veces, por un artículo que pasa sin censura donde primero se publicó.

Lo más repugnante de todo esto es que se hace para amedrentar o para preparar una vuelta a la normalidad, a la libertad constitucional, que parezca un don generoso, un rasgo de magnanimidad, una paz social otorgada graciosamente por un vencedor. Se trata de que la justicia parezca una gracia y la Constitución una carta libremente otorgada.

Todo esto, que deshonra a la Patria, está creando una legión de desesperados. Y es que se ha llegado a un punto que no se sabe cómo volver hacia atrás. Se dan perfecta cuenta de los atropellos

y de las injusticias. Pero no pueden volver atrás. Esto es lo más trágico. Y lo más terrible es que en las luchas de los que parecen luchar por las libertades civiles y políticas, se les oye decir refiriéndose a los sicarios del despotismo:—«Yo, en su caso, haría lo mismo.» Quienes así dicen, no tienen el sentimiento de la libertad. Este sentimiento lo es de perdición.

¡Y nos reimos del morrión!

¡Ah! ¡Si tuviéramos gentes de aquel espíritu! No no reiros del morrión, ni del «Himno de Riego», de aquel pobre y bueno de Riego, que murió vilmente asesinado, no por haberse sublevado en Cabezas de San Juan, si no por haber votado, en las Cortes, con otros diputados que no pudieron ser detenidos, la deposición, por demente, de aquel adyecto Fernando VII.

Todavía estamos en Riego. ¡El sentimiento de la libertad! Un pueblo que no tiene el sentimiento de la libertad, no puede, no debe reirse del morrión!

Se le cae a uno la cara de vergüenza ante la mirada y la crítica extranjera. El despotismo es régimen de engaño. El déspota no es más que un petulante.

Y todo es una cosa de miedo, de miedo cervical o cervudo (el cervical es La Cierva); más que efectiva, es de comedia, de represión, claro es, que son trastornos amargos para el detenido.

Don Miguel Villanueva acaba de decir en un periódico, que España no cambiará mientras no dejemos los españoles de abrigar corazones de esclavos, para acoger el de hombres libres.

¡Corazones de esclavos y de mendigos! El miedo cervical al porvenir nos tiene esclavizados.

¿Se va a salir de este? Yo ya no sé lo que es optimismo y pesimismo, objetivo y subjetivo, sobre todo desde que se ha inventado el optimismo patriótico de Real orden. Llevo muchos años predicando cosas análogas a las de hoy. Yo no sé si será en el desierto, como titula un reciente artículo publicado en «El Socialista» y en «El Liberal», de Bilbao, Indalecio Prieto. ¡El desierto! Vamos caminando por él. Hay que tener confianza, sobre todo si se tiene un poco de calor en el corazón, para esperar, si no el día, el romper de la aurora de libertad y de justicia.

Vamos por el desierto, acaso, desierto de piedras, hasta que hagamos que se levanten. También se trabaja en hierro frío, a golpes. Y a golpes iremos contra la cobardía de los que oprimen, que tiemblan, todos, alrededor de cuanto les amenaza, con el tantas veces repetido: ¡Me voy...!

Algún día, entre los que hoy tiemblan ante el «¡me voy!», puede surgir la voz salvadora de: ¡Váyase, y déjenos en paz!

Una prolongada salva de aplausos, premió la bella oración del ilustre pensador, recibiendo infinidad de felicitaciones, a las que unimos la más entusiasta del Grupo Cultural Obrero y de la Federación.

LETRAS FEMENINAS

Hombres, o liquidar los pantalones

Gracias, mis jóvenes amigos. Acabo de recibir vuestra carta, en la que me pedís con insistencia, os escriba algo para vuestro periódico.

No se negarme y menos aun, tratándose de vosotros, hombres de probada

fé, de nobles ideales, inspirados en el mas alto sentimiento de justicia.

Siempre agrada leer los escritos trazados con pluma femenina. Pero yo no he de escribir buscando la recompensa del agrado. Podeis contar con una nueva aliada para decir la verdad aun cuando disguste, porque rara es la vez que no disguste la verdad, sobre todo a quienes viven en la mentira y de la mentira, que son gentes que abundan mucho y difícilmente se destierran por la cobardía de los mas. ¡Desgraciados los pobres de espíritu!

No extrañen mis palabras. Nada tienen de exaltación sino de amargura...

¿Y para qué hablar de amarguras en este valle de lágrimas? Pasaría inadvertido el dolor y más aun invocado por mujer.

Me he propuesto hablar de otras cosas que las juzgo mas interesantes.

No siempre han de ser los hombres los que hablen y escriban para los hombres. Las mujeres también tenemos derecho, las que nos creemos conscientes y libres, a aconsejarles y a recriminar sus actos.

Y hay que recriminar a los hombres, en su inmensa mayoría de su falta de hombría, de su falta de carácter para ser hombres.

En la mayoría de los casos no obran si no por el mandato imperativo de la mujer, de esa mujer que eligió por compañera y que es su mayor enemigo, la mas de las veces culpable de su cobardía y retraimiento.

Y es que esa mujer que eligió por compañera, la recibió en sus brazos embrutecida, con los sentidos embotados, víctima de la sociedad, de esa sociedad engendradora de la farsa y del engaño, que no tiene otra misión a su cargo que la de embrutecer a la mujer y fastidiarla, inculcándole sentimientos que perjudiquen, cuando sea madre, a sus propios hijos, en igual forma que perjudica a su marido.

Y el hombre, cuando se une a la mujer, tiene obligación de rasgar la venda que cubre sus ojos para que la luz de la realidad y de la vida, bañe su frente y esa misma obligación para con la esposa, la tiene también para con la hija, a la que debe educar en el ambiente de su clase y enseñarla la misión que debe ejercer para libertarse del engaño y del embrutecimiento, senda que la conduce a la miseria y al oprobio.

Y no creais hombres a quienes me dirijo, que esto no tiene importancia. Vosotros acostumbrais a entregar vuestras hijas en manos que dicen os las educan y las hacen mujeres, y lo que hacen es darlas a beber el líquido preparado de ante mano para envenenar sus sentimientos.

El enemigo es astuto. Sabe de donde nace la principal rama de la familia y donde debe introducir el veneno de que antes os hablaba. Por eso procura por todos los medios apoderarse de la mujer, aprovechando su debilidad, con sus intensas propagandas, hasta ganar su voluntad.

Pero no es la mujer, la que tiene la culpa de caer en la trampa. Son los hombres que les falta el todo para serlo que se dejan sorprender y consiente que el enemigo se apodere de arma tan poderosa que no supo emplear en su defensa.

Y los hombres que no saben serlo, no les cabe más que un camino: liquidar sus pantalones.

Felisa Chacel Morales.
Barcelona, Diciembre 921.